

GÜIRD

hacemos libros raros

EL GUSANO

Luis Carlos Barragán Castro

Con notas de Gabriela Damián Miravete

Primer capítulo gratis

Un adelanto de la novela que inaugura el catálogo de Güird. Si te gusta lo que lees, la edición completa sale en septiembre de 2025.

guirdeditora.com · [@guirdeditora](https://twitter.com/guirdeditora)

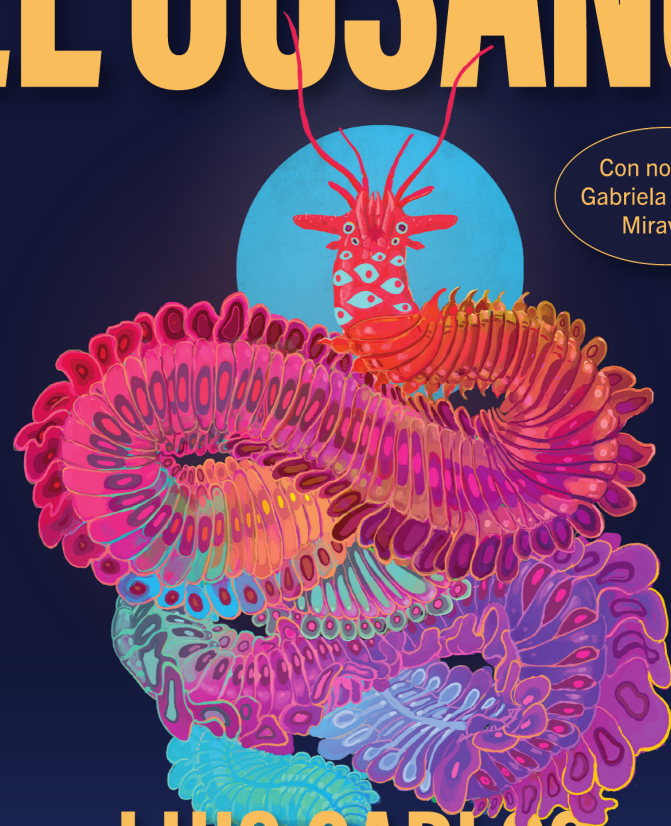
LUIS CARLOS BARRAGÁN CASTRO

EL GUSANO



EL GUSANO

Con notas de
Gabriela Damián
Miravete



LUIS CARLOS
BARRAGÁN CASTRO

GÜIRD

El único viaje verdadero, el único baño en la Fuente de la Juventud,
no sería visitar tierras extrañas, sino poseer los ojos de otros,
ver el universo a través de los ojos de otro, de cientos de otros,
ver los cientos de universos que cada uno ve, que cada uno es...

Marcel Proust, En Busca del Tiempo perdido.

Y vio Yahvé que la maldad de los hombres era mucha en la tierra,
y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos
era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Yahvé
de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón.
Y dijo Yahvé: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres
que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil
y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho.

Génesis 6 : 5-7

SÍNTESIS

7:40 a.m.

Los papitos y las mamitas estaban aterrados cuando anunciaron en las noticias que los niños podían regresar al jardín y al colegio. ¡Ay no, pero cómo así! Algunos pensaron que no iban a permitirlo. ¡Esto es terrible! Otros que era un problema de seguridad pública. ¡El Gobierno tiene que hacer algo! No parecía seguro o estable, la situación todavía no se había controlado, no había manera de asegurar que no sucediera un episodio cada cinco minutos.

Mis papás eran de mente abierta y pensaban que, hicieran lo que hicieran, las cosas no iban a cambiar y no iban a quedarse por tanto tiempo encerrados cuidándome, manteniéndome como un recluso, incapaces de obligarme a no jugar, a alejarme de mi perro y prohibirme visitas de mis amiguitos. Así que ese día me bañé con mi mamá mirándome, asomando su cabeza por la puerta del baño, asegurándose de que me bañara bien, que me restregara bien detrás de las orejas y en mis rinconcitos, y luego vigiló la forma en que me ponía la ropa. Me demoré más tiempo del necesario, muchas veces me distraía y me ponía a jugar con la peinilla o la toalla, pero mi mamá me hacía caer en cuenta de que se hacía tarde. Unas semanas atrás habría sido perfectamente normal que yo saliera desnudo y ella me vistiera, pero ahora

ella no me quería tocar, ni acercarse, incluso si eso desafiaba todo a lo que nos habíamos acostumbrado. ¿Cómo era posible que fueran casi las ocho y no estuviera listo?

—Sos un niño grande. Ya deberías estar vestido —me decía, revisando su reloj de pulsera. En esa época no existían los celulares. Luego mi mamá carraspeó y se corrigió a sí misma—. Vestidito. Ahora tenía que usar guantes, medias largas y ponerme una especie de máscara o un pasamontañas.

—Es que no pueden resistirse a tocarse cuando juegan —dijo alguien en las noticias.

—No podemos evitar que los niños se toquen. Son niños, quieren jugar.

—César, acordate que no podés tocar a nadie. Tu mami se va a poner muy triste si tocás a alguien. Ella misma, mientras yo la miraba, se hacía rulitos con el pelo y se pintaba con un labial muy rojo. Después de parecer una estrella pop de finales de los ochentas, se cubría todo por lo que había trabajado con una capucha de lana. Sin mirarme, sin tocarme, sin abrazarme, sin verme. Cuando salimos a la calle vi que otros niños iban caminando a la escuela sin agarrarse de la mano de sus papás, y todos estábamos vestidos así, cubiertos, algunos hasta los ojos con una especie de velo, otros vestidos como fantasmas. Casi todos los adultos también estaban cubiertos. Guantes de cuero o de lana, chaquetas largas, pantalones gruesos, todo a pesar del calor de los días soleados de Timbío, Cauca; así como yo sudaba, todos debían estar derriéndose dentro de sus incómodos trajes enterizos y capas de cuero y lana. Pronto la lana mostraba la coloración del sudor bajo las axilas y la gente intentaba meterse la mano dentro de los pasamontañas para enjugarse el sudor de las cejas evitando que se metiera en sus ojos.

Mi mamá me llevó a la puerta del jardín y me dejó ahí, no sin antes decirme:

—Acuérdate de lo que te dije. ¡Juicioso!

Y se despidió lanzando besos al aire y moviendo la cara como si me estuviera dando picos en los cachetes, pero sin tocarme: el inicio de lo que sería la tele caricia, el apechiche remoto.

9:00 a.m.

Sara era una niña siria que vivía en nuestro pueblito y que hablaba el castellano de una forma muy extraña, como si cada vez que fuera a decir una palabra tuviera que lamerse los dientes. En realidad solo sabía decir hola y buenos días, de resto se quedaba callada, sin amigos, sin sonreír, sin respirar, y ahora cubierta con todos los trapos que encontraron sus papás en la casa, incluyendo un limpión para cubrirle el cuello. Los otros niños se tardaron un rato en encontrar a sus amigos porque no podían verse las caras. Luego de encontrarse todos se pusieron a jugar. Todos excepto yo, porque mis amigos no aparecían. Tal vez eran hijos de esos papás demasiado preocupados y no los habían dejado ir a estudiar al jardín.

Siguió una sucesión de ejercicios de colorear sin salirse de las líneas, y compañeros que querían quitarse los pasamontañas, pero no podían, incluso si sentían rasquiña y no podían evitar jalárselos y acomodárselos una y otra vez. Cuando miré las caras de Mickey y los Teletubbies en las paredes, recortados en cartulina por las profesoras, sentí envidia de que sus caras de ojos enormes no estuvieran cubiertas, y que yo sí tuviera que tener esta cosa en la cara.

10:30 a.m.

A pesar de que los niños eran vigilados constantemente, Sara y yo estábamos solos en el salón. Sara se quedó mirándome. El salón de clases estaba vacío. Ahora que soy grande puedo decir que esos episodios de yo te lo muestro y tú me lo muestras son más comunes de lo que la gente imagina. Casi todos mis amigos, cuando tenían seis o siete años, tuvieron una experiencia sexual extraña que recuerdan con incomodidad. No sé cómo terminamos uno frente al otro quitándonos la ropa. Y lo digo porque ella no podía hablar bien español y yo no podía hablar árabe. Sara era una mona de cabello crespo con cara redonda y labios pequeños, con ojos verdes, muy claros. Muchos sirios son así. Su rostro salió de la capucha con el cabello pegado a la cara por el sudor, era una masa de pelo amarilla y su carita era suave. No sonreía, era como si estuviéramos haciendo algo profundamente serio. No parecía asustada, ni regañada, ni triste. Fue ella la que me ordenó, con tono casi militar: "Quítate la ropa". Pero con mímica, mímica en imperativo. Y unos segundos después, cuando los dos estábamos desnudos, me dijo, moviendo las manos: "Tócame". Un poco aterrado por lo que estaba pasando, y tal vez a punto de llorar, recordando con miedo todas las veces que mi mamá me dijo que no tocara a nadie, que el diablo me iba a comer si tocaba a alguien, que ella ya no me iba a querer si tocaba a alguien; a pesar de todo eso, y cuando vi que ella me sonreía, di dos pasos en su dirección y puse mis deditos regordetes en su hombro. Mi mano no sintió nada extraordinario al principio, solo la piel caliente y sudada de otro niño, pero ella se movió intentando decir: "No seas tonto, tócame de verdad".

Por eso me acerqué mucho más y la abracé con fuerza. Al principio sentí su piel cálida contra mi piel, pero luego

comencé a sentir otras cosas. Mis manos se hundieron en su epidermis. Mi cuello, de alguna forma, se abrió y casi por accidente mis vértebras tocaron sus vértebras. Sentí su corazón latiendo con fuerza dentro de mi pecho. Ella tomó impulso y dio un paso a través de mi cuerpo. Por un instante sus órganos internos pasearon dentro de los míos y nuestras venas compartieron la sangre, las hormonas y todas las otras cosas salvajes que corrían en nuestro interior. Nuestros cráneos se unieron como dos células en una mitosis en reversa con núcleos que intentaban definirse en un instante de furia, como "yo soy yo, y tú eres tú" con ojos que navegaban entre la materia gris y una nariz que avanzaba por el complejo óseo y la calidez de la boca húmeda, en completa oscuridad. Fue como restregar mi hígado contra tu páncreas, como sentir que algo mío se enredaba en tus costillas, y que nuestras rótulas y uniones de cartílago se fueron a jugar un rato. El viaje a través del sistema nervioso pareció por un instante un viaje por una galaxia. Lo que ocultaban los poros de la laringe, el túnel de oscuridad y órganos grasos, se convirtió en un vórtex de luz, estuve rodeado de diamantes y brillantes cristales de pensamientos que pasaron a una velocidad vertiginosa. Ella salió caminando por mi espalda, saboreando mis vértebras, y yo me quedé quieto, sintiendo hasta la mierda de niña de sus intestinos y sus diminutos ovarios dentro de mí.

La profesora me encontró llorando, desnudo todavía. Me había orinado del miedo, me comportaba como si tuviera alguna enfermedad mental porque no podía ver bien, y los dientes, las manos, la piel; era como si mi cuerpo fuera algo totalmente nuevo y bañado en sudor. Vean mi carita, deformada por el llanto. Esa niña me hizo algo feo. Es una niña mala.

Los otros niños, todavía cubiertos con pasamontañas y máscaras, dijeron, cuando llegaron de jugar fútbol, que ella era una aprovechada. Creo que ella salió llorando por la humillación pública, llamaron a sus papás y a mí me dijeron que me pusiera la ropa tan pronto como fuera posible. Eso hice. Mi lloriqueo se convirtió en gemidos rítmicos y en sorbedera de mocos, y al final la profe me dijo: “Cálmate, César, buen niño. No fue tan terrible”.

3:30 p.m.

Cuando mis papás llegaron a hablar con la profesora me dijeron que esperara afuera. Escuché desde el pasillo, mirando las paredes pintadas con las figuras deformes de Mickey Mouse y el Pato Donald, que la niña siria me había hecho fusionarme con ella. Mi mamá lloró, mi papá intentó calmarla, pero él mismo estaba bastante perturbado; ellos nunca habían experimentado la fusión. Desde hace un mes que no se tocaban por miedo a incidentes menores que habían ocurrido mientras dormían: una mano dentro de otra mano, o un besito en el que los labios se meten en los labios, o los dientes de una boca que terminan jugando a la ronda en las encías de la otra persona: un frío, una textura, una humedad terrible y hierática, una inquietud insoportable que los había hecho separarse de inmediato y escuchar con mucha calma lo que decían en las noticias.

Di pataditas en el aire por no sé cuánto tiempo hasta que mamá y papá salieron de la sala de profesores. Me encontraron envuelto en mi capucha con las manos cubiertas, sudando y moqueando bajo el ventilador a las tres de la tarde, aún acostumbándome a la nueva magnitud de mi miopía. El jardín estaba vacío y sin niños se veía más serio, los muros se veían más duros y silenciosos, y la luz entraba por las

ventanas de formas a las que no estaba acostumbrado, porque solo conocía cómo lucía el jardín en la mañana. No miré a mi mamá, no le di la mano, no le dije hola. Debía estar bravísima conmigo, probablemente no me dejaría volver al jardín, o tal vez me amarraría los trapos con cinturones imposibles de abrir para que nunca me pudiera quitar la ropa de nuevo. Los tres caminamos sin decir palabra por la calle principal hasta mi casa en el primer piso. Elevé la mirada por un instante mientras caminábamos: noté que la gente de Timbío, que conocía casi en su totalidad, había desaparecido, y las pocas personas que andaban por la calle iban cubiertas con velos, chaquetas y máscaras. Era como si ya no conociera a nadie. De repente nuestro pueblo se había convertido en una villa de fantasmas, las tiendas estaban solas, no se escuchaban niños jugando y las casas estaban en silencio.

4:05 p.m.

Llegamos a casa, mis papás se dieron el espacio para entrar sin tocarse y cuando estuvimos dentro se quedaron mirándome, con miedo de pedirme que me quitara la ropa o la capucha. Lo que había debajo era un misterio hasta para mí. Me pidieron que los mirara a los ojos. Quería llorar otra vez, se me escaparon gemidos, pero al final intenté domar el nudo en mi garganta y los miré de frente. Mi mamá se cubrió la boca. Mi papá miró como si yo ya no fuera un niño; ahora yo sabía más que ellos sobre la fusión, la síntesis y el desbalance. Fui al baño, encendí la luz y me miré al espejo. Me quité la capucha, me busqué en el espejo y no me encontré. ¿Quién era? ¿Qué era esto? Mi ojo izquierdo se había vuelto verde claro. Mi cabello se había vuelto crespo, y mis manos habían perdido algo de gordura. Mis papás estaban

detrás de la puerta y golpearon. Déjanos ver. Tranquilo. Tienes que dejarnos ver qué tan grave es.

Al final salí, mirando al suelo, ahogando gemidos, sorbiendo mocos. Ambos quedaron sin palabras notando que mi nueva nariz o mis nuevos cachetes todavía conservaban algo vago de mi cuerpo original. Te ves como si fueras un sueño de otra persona, como si acabaras de salir del paquete, como un pedazo de niño y un pedazo de niña, un porcentaje de colombiano del Cauca y de alguien del Medio Oriente. Abres la boca y miras tus nuevos dientes, no encajan perfecto, pero algo es algo. Miras las uñas, crecen un poquito más adelante que antes. Eres ambidiestro, miope, tienes las manos pequeñas, los muslos gordos. Pero, sobre todo, uno de tus ojos es verde y el otro es café oscuro. Podrías asustar a tu abuela: ¿qué van a decir los vecinos?, ¿qué va a decir la tía Olga Clemencia? Dirán que fue un accidente de transexualidad de seis años. Dirán que los niños chiquitos se quitan la ropa porque también quieren tocar a los otros. ¿Por qué hablas en segunda persona desde el accidente? Porque ahora esta también es tu historia. Porque tú y yo estamos enlazados de ahora en adelante.

Mis papás no podían creerlo: me pidieron que hablara, y la voz que salió fue un poco como mi voz, pero al tiempo como que no. Durante horas me miraron, incluso desnudo, creyendo que tal vez me había vuelto intersexual o que probablemente cuando llegara a la pubertad me saldrían teticas. Una hora más tarde yo estaba sentado mirando por la ventana, esperando que alguien más hubiera pasado por lo que yo había pasado. De esto no se habla en esta familia, nadie lo va ni a mencionar. Mi condición de sintetizado o sintéticas, como me llamaron mis primos, encobijados y cubiertos hasta los ojos riéndose de mí, no se discute, pero los niños

del jardín no podían sino burlarse de todo lo que vieran raro; me llamaron el ojiciego, el bizco, el piquis, el sirio, el Marilyn Manson, el musul-loco y otras cosas así. Nunca se enteraron de la complejidad de los cambios que había sufrido desde mi primera síntesis: mis papás solo pensaron que estaría bien y que mejor era no hacer un gran lío de mi condición corporal. Las noticias intentaron normalizarlo o suprimirlo, y lentamente el mundo cambió a mi alrededor. Me arrodillé automáticamente hacia La Meca como si fuera un tic nervioso. En un hipo se me escapó una frase en árabe: “¡Besmellah al Rahman el Rahim! En el nombre de Allah, el misericordioso, el compasivo”.

En casa las horas se volvieron calladas, jugar correteando por las habitaciones había quedado terminantemente prohibido, igual que recibir visitas de amigos o salir a comer helado. Vendieron mi perro, aunque nunca me dijeron a quién. Me pusieron un horario estricto, dejaron de abrazarme indefinidamente y las muestras de afecto titilaron antes de extinguirse.

Si iba al jardín todos los niños formábamos, hablábamos poco, las profesoras nos ponían a hacer tareas que terminaban ensuciando nuestros guantes; pocas veces llegábamos a tocarnos, incluso sobre la lana. Estábamos tan aterrorizados que nadie intentaba siquiera hacer algo. Cuando era la hora del recreo los niños comenzaban a jugar solos, si hacían algo con otros niños, era hablar. Si alguien accidentalmente tocaba a otra persona, era obvio que habría llanto. Volvía a casa en el mismo silencio, mis papás notaban que hacer mucho para que yo me comportara. Con la gente cubierta, con el miedo al cuerpo de los otros, con el silencio, con el aburrimiento, crecí creyendo que realmente estábamos en la Segunda Edad Media. Después de todo,

la experiencia con Sara me había transformado y la transformación no solo había afectado mi cuerpo.

Algo aterrador sucedía cuando me iba a dormir. Algo que escalaba por la garganta. Me definía momentáneamente como Sara. La idea de que otra persona viviera en mi cerebro me daba escalofríos. De repente perdía el control de mi cuerpo y ella se miraba en el espejo de mi subconsciente, y su mano se encontraba con mi mano en la superficie reflectiva de mi córnea. Me despertaba sudando y llorando. Corría al espejo del baño para mirarme, encendía la luz a las tres de la mañana y encontraba esto. Han pasado años y aún, al verme al espejo, sigo viendo esta cosa, esta cara extraña. Abro la boca, miro las orejas, me acaricio el cabello, miro mi ojo verde. Giro la cabeza hacia el norte o hacia el sur. Mi reflejo sonríe, pero no soy yo, me toco la boca y estoy sonriendo, y no puedo detenerlo. Hablo y mi voz no es mi voz. Me quito la camisa y recorro el tacto de mi piel centímetro a centímetro. Paso a paso. Abro la boca y digo en árabe: "Salam Aleykum".

No dormí bien una semana. De hecho, no dormí bien nunca más. El viernes estaba tan cansado que me quedé dormido sobre mi escritorio en el jardín. Luego mi mamá me encontró en el baño, sentado en el piso intentando leer Pulgarcito, moviéndome como un psicópata. La voz de Sara quiere salir por mi garganta. No entiendes, no entiendes lo que significa que haya alguien en tu cabeza y no seas tú. Una criatura que se retuerce en tu interior, como una larva.

Mi mamá y mi papá encendieron la tele para mostrarme lo que estaba sucediendo en las grandes ciudades, donde los eventos de fusión y síntesis no se habían controlado como en los pueblos pequeños. Las personas estaban tiradas en las calles, los oficinistas se quedaban dormidos en cualquier lugar, sentados en unas escaleras, recostados contra

una pared, en el metro, en el Transmilenio, en sillas de restaurante, en bancas en medio de la calle. Millones de personas no podían dormir porque, como tú sabrás, las personas que tienen adentro no dejan de hablar en la noche.

Las olas de insomnes transformaron los horarios de trabajo, cambiaron la actitud jovial a muecas y sonrisas irreconocibles que eran solo formalidades, pero luego las formalidades mismas se fundieron en la somnolencia. Gente que parecía saber perfectamente su posición en el mundo, gente de negocios, gerentes, todo tipo de yuppies terminaron cabeceando de somnolencia, despertándose de un espanto porque habían visto esa cara otra vez, esa cara que no dejaba dormir, a dos centímetros de distancia. Algunos, con ojos enrojecidos, intentaban volver a dormir, dormían en clase, en la oficina, en el restaurante con la cara hundida en el plato de sopa, se daban golpes contra las pantallas de los computadores, destrozaban teclados a cabezazos. Así fue como terminé en el doctor con mi primera receta de Seconbarbital. Los efectos secundarios se podían reducir si se combinaba con Doriden Extra Sleep. Tenía seis años y acababa de comenzar mi vida en el mundo de los inhibidores y activadores del sueño. En poco tiempo comencé a modular y reducir el sueño, podía controlar un cuarto de estar despierto y un tercio de dormido; para estar completamente despierto tenía que automedicarme y tomar pastillas de cafeína que me aceleraban el ritmo cardíaco. Bienvenidos al fantástico mundo del sueño artificial.



NOTAS

Cómo usar un objeto cualquiera como separador de páginas para El gusano:

Ya sea a través de un recibo de la compra, envoltura de dulce, hoja de calendario con gatitos posando o un boleto de entrada al museo, considerar que será un recordatorio de que la Cuenta Larga se sigue contando, de la teoría endosimbiótica de Lynn Margulis, del sutra del diamante, el anima mundi, la comunión de los santos y el Wahdat al-Wujud (y de la página en que se quedaron, importante).

Pondré de ejemplo el mío. Es un recordatorio medio presumido porque incluye al genial Luis Carlos Barragán. Es un pequeño folleto en el que puede leerse (más o menos) lo siguiente:

Entre la magia y la ciencia
DR. BALAM
Psíquico Mentalista
Acupuntura, Consulta Psicoespiritual, Fenómenos paranormales, Flores que curan el alma, Eliminación de influencias malignas, Organoterapia.

[Imaginen aquí la foto del doctor Balam posando con un guapo halcón]

La anécdota presumida ligada al objeto:

Nos encontramos en la Feria del Libro de Monterrey después de conocernos por Zoom, escribirnos por Facebook y chacotear juntos en una fiesta de la Mexicana en Spatial Chat durante la pandemia.

Luis Carlos y yo nos abrazamos con Michel Nieva, que estaba ahí también. Hubo un eclipse entonces, a cuyo influjo seguramente no escapamos. Dimos una charla titulada "Tecnochamanismo", que atrajo a varias mentes hambrientas de delirio en una ciudad que no suele ofrecer este tipo de conversaciones públicas. Escuché las visiones de Lucho con la boca abierta, deseando que ninguna autoridad viniera a cerrarnos el micrófono. Luego, el Dr. Balam habló y ambos lo escuchamos con la boca abierta, aceptando con humildad nuestras carencias como consultores de lo paranormal y sintiéndonos orgullosos de, por lo menos, haber congregado a una audiencia que se beneficiaría de sus servicios.

Se sugiere, entonces, que el separador sea, sobre todo, un recordatorio de la clase de prodigios que ocurren cuando nuestro campo electromagnético se cruza con el de Luis Carlos Barragán: las irrupciones abruptas de eso otro en la realidad para mostrarnos que hay una sabiduría oculta en todas las cosas, sutiles aunque potentes transformaciones en las que uno de nuestros ojos internos cambia ligeramente de color y, como un generoso regalo, podemos ver y sentir en la piel, ahora un poco más permeable, eso que no habíamos percibido antes.

O sea que puede ser cualquier cosa (fusionada con todo lo demás).